

# Los "votos" religiosos:

## Sexta parte de las "Normas Complementarias"

---

*Alejandro von Rehnitz, s.j.*

### Sección I . De lo que toca a los ya admitidos e incorporados en la Compañía en cuanto a sí mismo

En cuanto abramos el texto nos daremos cuenta de que esta parte trata de los que tiene que ver con los votos religiosos. Son ciento un números, de los que cinco tienen que ver con el voto de castidad, ocho con el de obediencia, y sesenta y seis números con el de pobreza. Ya esta proporción o desproporción nos llama, obviamente la atención. Los veinte y tres números restantes, hasta llegar a los ciento uno, tienen que ver con "otras cosas sobre nuestro modo de vida".

La sección I explica la naturaleza **apostólica** de nuestros votos en general. ¿Qué me dice a mí, jesuita de a pie, o como lo diría Rubén Darío: "bajo, municipal y espeso", este título? Me dice, en primer lugar, que nuestros votos no son fin, sino medio de trabajo. Porque el fin prioritario de nuestra vida religiosa no es la santidad personal, sino que **juntándonos podemos hacer más por los demás** que por separado. Es haciendo más por los demás que los jesuitas buscamos el camino de nuestra santificación. Me dice, finalmente, que nuestros votos son una forma de asegurar **la disponibilidad** de cada jesuita.

El primer número de la sección I se mete como a definir qué sentido tiene nuestra consagración a Dios. Se trata de tres cosas: a) un

**seguimiento** de Cristo pobre, virgen y obediente. b) Un **repudio profético de los ídolos** que el mundo está siempre dispuesto a adorar. c) **Ser señal del Reino de Dios**, cuya plenitud está por venir.

Explico a mi manera (ya he señalado que de Jesuita de a pie). Cuando hablamos de "seguimiento" es porque se trata de **continuar la misión** de Jesucristo, es porque se trata de mantener un nomadísimo en las actitudes, una actitud de des-instalación continua, al estilo de los profetas bíblicos. Es porque, como todo cristiano, debemos **ir**, por todo el mundo, anunciando la Buena Nueva del Reino.

Cuando hablamos del "repudio profético de los ídolos que el mundo está siempre dispuesto a adorar" nos referimos al rechazo que debemos sentir y vivir frente a las tres compulsiones idolátricas del mundo actual. Contra la compulsión a tener poder y a ejercer el poder, hacemos nuestro voto de obediencia. Contra la compulsión al placer y a la banalización de la genitalidad, hacemos nuestro voto de castidad.

Cuando hablamos de ser señal del Reino de Dios es porque sabemos que el Reino de Dios es la esencia, el corazón y el núcleo del mensaje de Jesús. Si Jesús habla parábolas es porque intenta, en cada una de ellas, explicarnos qué es el Reino de Dios, cómo funciona el Dios del Reino de Dios, cómo funcionan las cosas cuando quien reina en ellas es Dios. Si Jesús hace "milagros" es porque el milagro señala y hace visible cómo será el mundo cuando en él reine plenamente Dios. El milagro nos hace visible, en una zona de la naturaleza, cómo será toda ella cuando en el universo reine plenamente Dios y no la enfermedad, el dolor, el pecado, la injusticia o la muerte. Jesús come con pecadores, los llama a su seguimiento cercano, se rodea continuamente de ellos, para hacer visible cómo es el Dios del Reino de Dios, cómo Dios es amor **incondicional**.

El número 143, 2 dice que nuestros votos, al mismo tiempo que nos obligan, nos hacen libres. Los votos los hacemos para garantizar la disponibilidad radical del jesuita. Para que nada nos amarre a la hora de estar disponibles para servir, el voto de pobreza. Para amar a todos y cada uno como si fueran la esposa, el voto de castidad. Para estar dispuesto siempre a hacer lo que parezca que es, en cada momento y lugar, lo que Dios quiere, el voto de obediencia. El jesuita ha aceptado a priori, por su voto, que se le manifieste por medio de los superiores la voluntad de Dios. No nos pide el voto de obediencia, que el superior nos

parezca el más inteligente, el más simpático, o el más santo, o el más capaz de todos los miembros de la comunidad o de la Iglesia, sino que aceptemos, a priori, por decisión libre nuestra, que se nos manifieste a través de él, la voluntad de Dios; que obedezcamos, a través de él, a Dios que nos manifiesta su voluntad.

## Sección II: De la Castidad

Cinco números que, en resumen, vienen a decir que el voto de castidad sólo se explica en quien está en-amor-ado, o sea: lleno de amor. Ese voto de castidad, en la Compañía de Jesús, implica:

- a) Servicio, con un amor total a Dios.
- b) Excluir el matrimonio y cualquier otra relación de tipo exclusivo.
- c) Excluir, también, la expresión y satisfacción genital de la sexualidad.
- d) Nuestro crecimiento en madurez y capacidad de amar.

No se trata de hacer voto de castidad para no amar, sino de hacer voto de castidad para amar más y mejor, para amar incondicionalmente. Recordemos que Dios no nos reveló que El fuera castidad o El fuera fecundidad (por muy dignas que ambas cosas sean), sino que Dios nos ha revelado que El es amor, que el que no ama (por muy casto o fecundo que sea) no conoce a Dios.

Porque se trata de aplicar al voto de castidad lo que ya se había dicho en el enunciado de la sección I, el número 144,2 afirma que, en la Compañía de Jesús, la castidad **"es esencialmente apostólica"** y fuente de una radical disponibilidad y movilidad. Nuestro voto de castidad debe llevarnos al "trato maduro, sencillo y libre de angustia con cualesquiera hombres y mujeres". El voto de castidad no puede, pues, castrarnos el trato afectuoso, sino hacerlo más maduro, más sencillo, más libre, más natural.

En nuestro tiempo, además, en que se margina a grupos enteros de seres humanos, continúa diciendo el número 144, hay que mostrar que Dios es amor **incondicional**, que Dios ama a aquel que, según nuestros criterios habituales, no llene las condiciones para ser amado.

Nuestra castidad, dice el número 145, conlleva una renuncia a tres cosas: a la intimidad conyugal, a tener hijos, y a una **vinculación**

afectiva. Como podemos ver, se trata de tres cosas que implican la vinculación que exclusiviza y que va directamente en contra de lo que es el espíritu esencial de un celibato.

El número 146 dice que la castidad se guarda cuando entre los miembros de la comunidad reina un verdadero amor fraternal; cuando los miembros de la comunidad concreta nos amamos como verdaderos hermanos y amigos en Cristo. Nada protege más la castidad que hemos prometido que el sentir que, en la comunidad en la que vivimos, amamos y somos amados de verdad como hermanos y como amigos. Se trata de que nadie tenga nunca que salir a buscar fuera el amor que necesita y que tiene derecho a encontrar dentro de la comunidad.

¿Cuáles son los medios para que crezca ese amor consagrado por la castidad?, añade el número 147: la integridad de vida, la generosa dedicación al propio trabajo, un gran deseo de la gloria de Dios, el afán por las virtudes sólidas y las cosas espirituales, la sencillez abierta en el obrar y en la consulta a los superiores, el enriquecimiento cultural humano, la alegría espiritual, la amistad madura, el amor verdadero.

Digámoslo claramente: con el aprecio consciente e inconsciente que existe en América Latina hacia la fecundidad, nadie creerá en la castidad de un célibe al que no vean trabajar unas 25 horas por día...

Sigue, el número 147, diciendo que "debemos moderar las relaciones humanas que lleva consigo nuestro trabajo (se refiere a las visitas, a los recreos, a las lecturas, al estudio de los problemas, a los espectáculos, a las diversiones), pero no por gusto o para reprimimos, sino para que nuestra castidad sea percibida como testimonio de nuestra consagración a Dios.

El número 148 insiste en que hay una verdadera corresponsabilidad entre los miembros de cada comunidad en la salvaguarda de la castidad. La castidad, agrega, debe fomentarse por medio del **mutuo apoyo y de la amistad**. ¡Que lejos está todo esto de aquel temor que nos inculcaban, no dudo que con toda la buena voluntad del mundo, contra las amistades particulares y, de hecho, contra toda relación en la que interviniera el afecto hacia nuestros compañeros!

El número 148 pide, también que los superiores y directores espirituales procuren que haya instrucción y formación sexual

adecuada, positiva y prudente. ¡Qué lejos, también esta vez, de aquel tabú que recaía sobre todo lo que tuviera que ver con lo sexual o genital, desde que entrábamos al noviciado!

Termina, el número 148, con un detalle muy bonito. Si la salvaguarda de la castidad está en una comunidad fraternal y afectuosa, cómo no decir que si los superiores "notan que alguno tiende a huir de la comunidad, traten de atraerlo **amablemente** a ella". Se trata, quiere decir este número, de hacer posible y deseable la vida comunitaria; no de imponerla, sino de hacerla atractiva.

### Sección III: Obediencia (8 números)

Los tan obedientes jesuitas, dice el número 149, sólo aceptamos la obediencia para:

- a) **Unirnos**, a la voluntad salvífica de Dios.
- b) Para hacernos **entre nosotros** una sola cosa en Cristo.
- c) Para ser **instrumentos** más aptos **de Cristo** en la Iglesia **para** la ayuda de los demás.

Como el voto de castidad, el voto de obediencia es también **un medio** para hacer más y mejor por los demás.

En número 150 trae una definición importante: La obediencia es siempre un acto de fe y de libertad por el que el religioso reconoce y acepta la voluntad de Dios que se le manifiesta por medio de quien tiene autoridad para **enviarle** en nombre de Cristo.

Nuestros superiores no son, prioritariamente, maestros espirituales o guardianes de la regla, sino líderes en y para la misión, líderes en el servicio que queremos prestar. Pero ya lo dijimos más arriba: no nos piden que el superior nos parezca el más inteligente, el más simpático, el más santo, o el más capaz de los miembros de la comunidad o de la Iglesia, sino que aceptamos, a priori, por decisión libre nuestra, que se nos manifieste a través de él la voluntad de Dios. Y la misma definición aclara que sólo debemos obedecer a quien tiene autoridad para mandarnos en nombre de Cristo y sólo en aquello en lo que tiene autoridad.

El número 151, en los acápites 2 y 3, habla acerca del discernimiento comunitario. Si se trata de cosas de importancia y, de

hecho, se dan los requisitos, es recomendable el uso del discernimiento espiritual en común, como cauce peculiar para buscar la voluntad de Dios. La idea es que, si se trata de encontrar siempre lo que es la voluntad de Dios, lo que Dios quiere, Dios puede iluminar a la comunidad a través hasta del novicio entrado el día anterior al discernimiento. La idea es del sapientísimo San Benito de Nursia y así lo legisló él para los conventos benedictinos. Dios puede hablar hasta por medio de la burra de Balaam (ver número 22, 28-30), a Dios hay que escucharlo hable por medio de quien hable. (Libreme Dios de querer, desde luego, comparar a los novicios con un burra, ¡ni siquiera la de Balam!).

Pero en la Compañía de Jesús, la comunidad que discierne no es un cuerpo deliberativo (como entre los dominicos, por ejemplo) o capitular, sino únicamente consultivo. Es decir que al superior jesuita le corresponde la decisión final a la luz, sí, del discernimiento realizado, pero libre y responsablemente. El superior jesuita, que tiene la última palabra y decisiva, dice este punto del discernimiento comunitario, tiene la última pero no tiene todas las palabras.

En el número 152 se resume todo lo que siempre hemos entendido los jesuitas como obediencia de ejecución, de entendimiento y de voluntad, diciendo que el jesuita debe **hacer suyo** el mandato y la intención del superior. Qué diría San Ignacio de jesuitas muy obedientes de entendimiento y de voluntad, pero nada de obedientes de ejecución?, que, se supone, es lo menos importante.

La obediencia presupone en el súbdito, dice el número 153: responsabilidad personal, y entusiasmo por buscar siempre lo mejor. Justamente por eso **se puede** y a veces **debe** exponer al superior las propias ideas e iniciativas.

El número 154 analiza lo que conocemos como "objeción de conciencia" a lo que se nos mande, y termina con una advertencia llena de prudencia: "Pero quien repetidamente se crea en la imposibilidad de obedecer en buena conciencia, piense en otro camino para poder servir a Dios con más tranquilidad". Fijémonos expresamente en el "repetidamente".

La Compañía de Jesús, que yo sepa, es la única congregación religiosa que mantiene la obligación de los súbditos de abrir totalmente

su conciencia, fuera del sacramento de la penitencia, ante el superior que pide tal apertura. No se trata, dice el número 155, de curiosidad morbosa, sino de buscar la mejor capacidad de discernir con el súbdito lo que conviene para la finalidad de la congregación entera: la mayor gloria de Dios. Se debe hacer por caridad y sin obligar a nadie bajo pecado a hacerla. El superior debe mantener férreamente el secreto de tal manera que "lo oído en cuenta de conciencia no se puede manifestar absolutamente a nadie en modo alguno, ni directa ni indirectamente, si no lo consiente expresamente el que la dio".

El número 156 trata de un punto que los superiores de todas las congregaciones saben muy bien que es un dolor de cabeza a la hora de tomar una decisión: la intromisión de gente de fuera de la congregación en las decisiones de la orden. No se hace excepción: los jesuitas, ni busquen, ni acepten (la palabra supone que no se ha buscado de ninguna manera), en causa alguna, intercesiones de los de fuera con los superiores. En este caso "los de fuera" puede ser, desde luego, gente de gobierno civil, amigos, o parte de la jerarquía de la Iglesia.

#### **Sección IV: De la Pobreza (Sesenta y seis números)**

Soy un convencido de que de la pobreza no se debe hablar, porque la pobreza no es para hablar de ella, sino para vivirla; porque hablar de la pobreza es otra forma de mencionar el nombre de Dios en vano. Las normas complementarias le dedican sesenta y seis números de aclaraciones.

El número 157 viene a decir que la pobreza es para estar disponible para el servicio, como los otros dos votos porque, como ya dijimos más arriba, todo en nuestra Compañía de Jesús es para hacernos más capaces de servir, para que nuestra disponibilidad al servicio sea más eficaz.

El número 158 insiste en que nuestro modo de vida debe ser el que más se aparte de todo contagio de avaricia y más se asemeje a la pobreza evangélica. Quizá porque, si algo se opone al desprendimiento que hace libre y que pretende el voto de pobreza, es precisamente, la avaricia, el apego al dinero, el afán de acumular.

Como la castidad y la obediencia, en la Compañía de Jesús, afirma el número 159, la pobreza es **medio** para el apostolado.

Y subraya que eficacia y testimonio son dos valores íntimamente relacionados, para que no se nos ocurra oponerlos o divorciarlos, justamente en detrimento de nuestra pobreza real.

Por ello, añade el número 160, nuestra pobreza es condición inequívoca de nuestra credibilidad apostólica.

El número 161 expone las tres características de nuestra pobreza:

1. Sinceridad: ser verdaderamente pobres.
2. Laboriosidad: debe ser una pobreza que nos asimile al mundo del trabajo.
3. Caridad: por la que nos demos a nosotros mismos y todo lo nuestro en servicio del prójimo.

Nuestra pobreza, dice el número 162, debe ser sencilla, alegre, pronta para compartir todos los bienes, apostólica, inspiradora en la selección de los ministerios, espiritualmente eficaz (que nuestro mismo género de vida anuncie a Jesucristo).

En el número 163 se da por supuesta, por parte de la Compañía de Jesús como un todo y parte de cada jesuita en particular, la **opción preferencial por los pobres**. Y para que no encontremos ninguna excusa o subterfugio, se señala que **esa** opción preferencial **debe** encontrar una **expresión concreta** en la vida de cada jesuita, en la orientación de nuestros trabajos, en la selección de ministerios.

### *Capítulo 1: De la pobreza personal*

Lo interesante para este artículo de divulgación empieza en el número 167. Consecuencia lógica de haber hecho voto de pobreza en una congregación religiosa es la **dependencia** de los miembros respecto a los superiores en el uso de las cosas, dependencia que debe tenerse **tanto en pedir permiso para adquirirlas**, como en el **dar cuenta de los gastos**.



En el número 168 (y durante seis números más) se habla de lo que toca a la renuncia de los bienes que se posean al entrar o que puedan advenir, por cualquier vía, al jesuita. No creo que venga al caso extenderse en este artículo en este punto.

### *De la vida común*

En el número 174 empieza el tema de la pobreza en la vida comunitaria, es decir: ¿En qué es que los jesuitas tenemos lo que llamamos "vida común"? Se trata, de **evitar lo superfluo** en la comida, en el vestido y **en las demás cosas necesarias para la vida**. Se nos advierte que los superiores deben proveer de esto (comida, vestido y demás cosas **necesarias** para la vida) a la comunidad y que **no es lícito** a ningún jesuita **procurárselas por otro medio**, ni a superior alguno conceder la licencia para ello. No podemos, pues, pedirlo a nadie de fuera de la comunidad (familia, por ejemplo, o amigos), y si alguien de fuera de la comunidad lo ofreciera **espontáneamente** (se excluye, pues, toda insinuación directa o indirecta), sólo puede recibirse para el uso común y no para alguien en particular.

### *De nuestro modo común de vivir en lo exterior*

Las normas concretas empiezan en el número 176. Presuponiendo que trabajaremos **para los pobres y con los pobres** (por la opción preferencial que ya aparecía en el número 163), es sumamente importante que el **jesuita se adapte** de alguna forma al modo de vida de aquellos a los que ayuda, de aquellos con y para los que trabaja: los pobres por (opción preferencial)....

La Compañía de Jesús, aclara el número 177, no asume por obligación austeridad alguna particular en el género exterior de vida. Los jesuitas no somos ni trapenses ni carmelitas descalzos que tienen, por regla, prescritas austeridades precisas en el modo exterior de vida.

Para no dejar ningún chance a permisividades en cuanto a la "pobreza" de nuestro modo de vivir en lo exterior, el número 178 prescribe que en cuanto a comida, vestidos, habitación, recreo, vacaciones, viajes, instrumentos de trabajo y **todo lo demás**, debe ser el que corresponde a los discípulos de Cristo pobre y **no exceder lo que pueden permitirse las personas de posición modesta** que, para

sustentarse a sí mismas y a su familia, **tienen que trabajar diligentemente**. No se nos dice que podemos tener lo que la clase media trabajadora puede permitirse, sino que nuestro tenor de vida **no puede nunca exceder esos niveles**.

El mismo número 178, acápite 2, añade, para mayor "inri" de quienes los hagan, que no se permita a jesuitas nada que sea singular, superfluo, lujoso o que desdiga de la pobreza y sencillez religiosa. Que los que hagan viajes se abstengan de rodeos y gastos menos concordes con nuestra pobreza y, en cuanto sea posible, residan en nuestras casas.

El número 179 manda que los edificios no deben ser suntuosos ni llamativos. Que es de lo más conveniente, para la sencillez y la intimidad de la vida comunitaria, el que se separe la vivienda de los jesuitas de su lugar de trabajo.

Los superiores mayores, agrega el número 180, deben estimular lo que llamamos "comunidades de inserción", es decir: comunidades jesuitas que vivan enteramente inmersos en barrios pobres. Además, dicen las normas, se recomiende a todos que tengan algún ministerio con pobres.

#### *De la pobreza en común*

Los jesuitas debemos tener como objetivo la **gratuidad de nuestros ministerios** y ello encuentra su explicación en el fin de esa gratuidad, que es:

1. La libertad interior de cada jesuita (la pureza de miras).
2. La libertad exterior (la independencia del jesuita y de la obra).
3. La edificación del prójimo.

Por ello, añade el número 181, no podemos los jesuitas **exigir** estipendio alguno por nuestro trabajo en ministerios espirituales, solamente podemos **aceptar** lo que se nos ofrezca.

El número 185 nos dice que, sin embargo, es fuente legítima de ingresos comunitarios el fruto o remuneración de trabajos realizados conforme al Instituto (que es como la "constitución política" de la

Compañía de Jesús), pero la selección de trabajos **debe excluir** siempre **todo afán de lucro** o de provecho temporal.

El número 189 prescribe, con gran prudencia, que se establezca una clara distinción entre la comunidad y la institución apostólica, por lo menos en cuanto al destino y usufructo de los bienes y en la contabilidad de los mismos.

Los bienes de las instituciones apostólicas (las obras concretas en que trabajamos) no se pueden desviar para uso y provecho de los jesuitas o de las comunidades, agrega el número 190.

Nuestro estado de vida debe ser un testimonio creíble de los valores contraculturales del Evangelio, valores a los que aludíamos al comienzo del artículo cuando explicábamos como los tres votos religiosos del jesuita deben ir directamente en contra de las tres compulsiones idolátricas del mundo actual: acumular, tener poder, y la compulsión al placer.

Las normas complementarias, en el número 195, regulan lo que llamamos los "excedentes económicos de cada comunidad, y dice que tales excedentes se distribuirán cada año. En el número 210 regula que tal distribución se haga entre las comunidades u obras de la Provincia Jesuítica, más necesitadas. Sólo se podrá conservar en cada comunidad una cantidad que **nunca podrá superar** a lo equivalente a los gastos de un año. Observemos otra vez, que no se trata de recomendar la cuantía del dinero conservado, sino de prohibir expresamente que tal cantidad supere un número determinado.

### *De la pobreza de las instituciones apostólicas*

No sólo nuestras comunidades deben ser un testimonio de pobreza, la Compañía de Jesús quiere, lógicamente que también todas las obras en las que un jesuita trabaje sean, igualmente testimonio. Para ello manda (ver los números 200 al 202) que nuestras instituciones apostólicas rechacen cualquier forma de suntuosidad y se mantengan dentro de los límites de lo funcional, teniendo desde luego siempre en cuenta la finalidad apostólica de la obra.

El tema del voto de pobreza termina en estas normas complementarias, con el artículo VI, que trata de la pobreza de la

Compañía Universal y de las Provincias y Regiones. Digamos que, para lo que hace al efecto de este artículo de divulgación, sólo interesa el número 206, que dice que es lícito a las Provincias proveer a los seguros de vejez y enfermedad, ya sea por medio de un arca propia o en común con otras Provincias de la Compañía, ya sea acogiendo a instituciones estatales u otras.

Quisiera terminar diciendo de mi parte que creo que la Compañía de Jesús podría decir a cada jesuita lo que murió declarando, en el año 1226, San Francisco de Asís: "Yo he hecho cuanto estaba de mi parte, que Cristo les enseñe a hacer lo que está de parte de ustedes" (Desde luego, la negrita es mía, ¡No faltaba más!).



**DIAKONIA, ya tiene correo electrónico**

**Es éste**

**[fidel@ns.uca.edu.ni](mailto:fidel@ns.uca.edu.ni)**

**Allí nos puede contactar, y a su vez le desea a usted, a su familia, a su comunidad, grupo, movimiento...**

**¡Una Feliz Navidad y un Próspero Año Nuevo 1998!**

